

**P**lasmar en palabras mis vivencias con Andrés me llena de sentimientos, recuerdos e imágenes.

Recuerdo mi pueblo, Tocopilla, y todo mi amor por sus playas, sus cerros, sus calles, su gente, nuestras risas, la tranquilidad y la magia propia de estos pueblos llenos de historias, mitos y leyendas.

Recuerdo mi niñez plena, sin grandes cosas, pero llena de fantasía. Recuerdo mi adolescencia, mi despertar al mundo.

Recuerdo con nitidez el bendito día, allá por 1968, cuando apareció en mi vida uno de mis mejores amigos, el hombre que aceleraría no sólo mi corazón sino que también mi iniciación como mujer, como individuo. Era un adolescente que siempre cargaba muchos libros. Porque lo quería saber todo, quería hacer grandes cosas y las hizo. Formó el grupo de teatro ATELIT, con jóvenes del Liceo de



La actriz Rosa Ramírez como la Negra Ester, junto al director del Gran Circo Teatro, Andrés Pérez. Septiembre de 2001, meses antes de la muerte de Pérez.



Rosa Ramírez y Andrés Pérez en el Puerto de Valparaíso, durante un viaje de investigación para la obra *La huida*.

## Bendito día

### Rosa Ramírez

Actriz

Tocopilla. Fue presidente del Liceo, que de Centro de Alumnos pasó a ser Gobierno Estudiantil, porque siempre creyó que el poder se comparte con todos. Sobre todo con las bases, a las que hay que apoyar para que todos juntos podamos salir adelante.

Yo siempre tuve muchas certezas en mi niñez, en mi juventud y, con Andrés, confirmé que era posible no sólo tener sueños, utopías, sino que también las podíamos realizar con trabajo, con esfuerzo, con pasión. Así empezó una de las relaciones de amor más intensas que he tenido, porque Andrés, para mí, fue mi amigo, mi amor, mi camarada, mi maestro, mi hermano. Y, cuando lo vestí el día de su muerte, lo sentí como mi hijo, tan confiado, abandonado dulcemente a sus seres amados. Pero, por sobre todo, debo agradecerle el que me

haya permitido ser la madre de su, mi, nuestro bello hijo.

Pienso en por qué yo estudié teatro, siendo que cuando adolescente mi mayor pasión era ser bailarina clásica —cosa que nunca estudié, porque ser de provincia y tener esas aspiraciones en mis años de niña era impensable. Más aún, si mi padre, autoridad absoluta en mi casa, asociaba cualquier manifestación artística al mundo de la inmoralidad: eran otros tiempos, las comunicaciones eran distintas y mis padres, además, eran católicos. Por fortuna, ellos, con el transcurso de los años, el crecimiento de los hijos, la llegada de los nietos, asumieron una actitud cariñosa y respetuosa de los caminos tomados por cada uno de sus cuatro hijos.

Alguien dijo por ahí que el amor

que Andrés sentía por el teatro era tan grande, que me lo transmitió a mí. Yo nunca lo había pensado así, pero algo de verdad hay en ello, ya que yo lo admiraba y amaba por sobre todas las cosas. Pero también sé que por algo nosotros nos topamos en esta vida, él fue el encargado de darme el impulso final para que yo, sin titubeos, volcara todas mis capacidades al mundo del teatro.

Todo lo aprendido por Andrés no sólo es aplicable al quehacer teatral sino que es aplicable a la vida. Por eso trasciende, por eso es respetado y comprendido por el público. Cuan-



El actor y director teatral Andrés Pérez, en su juventud.

do improvisábamos algunos personajes, Andrés nos recordaba siempre que los personajes son seres que están presentes, que están en el aire, que hay que tratarlos con cariño. No debemos opinar sobre ellos, sino que debemos darles la posibilidad de que se encarnen en uno de nosotros y sean ellos quienes hablen por sí mismos. Que debíamos ser rigurosos en el trabajo, porque el público merece lo mejor de cada uno de nosotros.

Andrés nos impulsaba a buscar temas, situaciones, obras, que dejaran en evidencia las conductas humanas con todas sus grandezas y/o con todas sus crueldades. El siempre perci-

bió que el público es inteligente. Él sabía que el público comprende cuando un montaje o un texto está dicho con verdad, cuando hay trabajo detrás de cada parlamento, en el caso de los actores; o detrás de cada clavo, foco, traje, en el caso de los técnicos, iluminadores, vestuaristas, etc.

De allí su entrega total y absoluta por lo que hacía. Por ello, ser del Gran Circo Teatro era, es, no sólo un privilegio sino que una tarea titánica que siempre nos enfrentó a grandes desafíos. Pero, guiados por Andrés, implicaba una labor grata o dificultosa, ingrata en ocasiones. Lo hacíamos por ese amor que nuestro director irradiaba hacia nosotros y, cuando lo lográbamos, las fiestas, la alegría la conversa, era generalizada. Llegaban nuestros amigos de siempre y todo era hueveo hasta las tantas de la madrugada. Pero, a las horas siguientes, estábamos todos al pie del cañón, para seguir con nuestro trabajo. Trabajo que implica horas de preparación vocal, física, espiritual y de empaparse de imágenes, sonidos, colores, texturas. Porque ser actor es un trabajo y si los obreros en nuestro país trabajan ocho horas como mini-

mo para que nuestro país avance, cómo nosotros, que hemos elegido libremente nuestro oficio, oficio que nos hace enormemente felices, no podemos hacer lo mismo.

En nuestro trabajo, todas las opiniones siempre fueron escuchadas. Cuando había divergencias entre nosotros, cosa bastante común, ya que nuestro grupo siempre fue y ha sido muy numeroso (veinte a treinta y cinco personas), muy pocas veces sometimos nuestras diferencias a votación y nos dábamos la posibilidad de que el otro tenía la razón y nos decíamos: *convénceme*. Esto se daba en el plano tanto artístico como en el de la administración y producción de la compañía. Finalmente, se hacía lo que era más óptimo para nuestro grupo, sin perder de vista ni a nuestro público ni nuestra autonomía, nuestra absoluta libertad como compañía, la que jamás transamos por nada. Y vaya que esto sí cuesta en nuestro país.

Siento que Andrés, a través de nuestro trabajo, dignificó no sólo nuestro oficio como actores, sino que dignificó al espectador, al público. Por eso, ese cuidado, esa delicadeza en que, desde que el espectador llegaba



Rosa Ramírez, Andrés Pérez Araya y el hijo de ambos: Andrés Pérez Ramírez, 1973.

a nuestro *teatro*, él debía sentirse parte de nuestro cuento. Debíamos compartir nuestra felicidad con todos los que, por curiosidad, necesidad o azar, llegaban a nosotros.

Porque, en verdad, con todo lo difícil que nos resultaba emprender cada nuevo proyecto, siempre hubo una certeza: pensábamos que era posible lograr pequeños cambios, veíamos la posibilidad de que cada hombre, cada mujer, cada niño espectador, podía opinar libremente sobre lo visto. Que, al hacerlos cómplices nuestros, a través de la belleza de

historias, acontecimientos, personajes, algo aportábamos al engrandecimiento humano. Por tanto, ese era nuestro granito de arena al desarrollo de nuestro pueblo.

Esta forma de encarar el teatro de parte de Andrés y de quienes le acompañábamos, es el resultado de historias personales. La mayoría de los integrantes del equipo somos de provincia, de hogares humildes. Seres que, por distintas razones, nos fuimos o nos fueron marginando de la sociedad tradicional, y sabíamos que jamás gozaríamos de ningún privile-

gio. Pero eso, en vez de apocarnos, nos hizo sacar pecho, sacar la voz y sentirnos orgullosos de ser como éramos. Yo me siento orgullosa de mi grupo, de mi director, de mí y de todo nuestro incondicional público.

Yo gocé del cariño de Andrés durante muchos años, treinta y tres de mis cuarenta y ocho años actuales. Aún así, siento que, por lo menos, debimos haberlo tenido con nosotros mil años más. No es común encontrarse en la vida con un ser extraordinario y yo, por alguna estrellilla generosa que me protege, tuve la

## Escrito desde la rabia

**Pedro Celedón**

Director Escuela de Arte  
Pontificia Universidad Católica de Chile

**C**omo se podrá apreciar a continuación, el territorio de mi escritura se funda en la rabia, en esa que inspira la muerte prematura de quien la proximidad profesional me hizo respetar.

Esta rabia se nutre, por una parte, de más de diez años en que lo vi, una y otra vez, emprendiendo proyectos en los cuales no ocupaba el lugar que mejor le quedaba, el de actor. Egoístamente, como espectador, no es otro sentimiento que el de rabia de no haber podido disfrutar más de un actor certero y bien inspirado.

Por otra parte, este sentimiento conecta con la oscuridad de su muerte, ensombrecida desde el velo de marginalidad con que la sociedad chilena -contexto de su creación-

cubrió su proyecto de arte y vida.

Para la memoria de quienes se forman en el oficio que Pérez dignificó, escribo responsablemente que la comunidad con la cual optó por dialogar refuerza cada día el dispositivo sistemático, institucionalizado e hipócritamente sustentado por la mayoría (ya que en definitiva, forma parte de la cultura del país) para anular (asesinar) social o materialmente a su miembro que ose ser artista, proletario u homosexual.

A riesgo de molestar incluso a la dolida memoria de quienes lo quieren (y quisieron) bien, me permito señalar el triángulo perverso que sus compatriotas diseñaron en su entorno y -no me cabe ninguna duda- lo llevó a la muerte.

Inicio esta aproximación por la

más arcaica y menos relevante de las tres censuras que sobre su hacer caían: su opción sexual. Esta, aunque con cambios radicales, incidió poco y casi nada en la construcción de su discurso artístico. No defendió ni estilo ni posturas de género. Trascendió a ella plenamente, como en la mayoría de los grandes realizados. Simplemente no la problematizó y sólo la abordó al final (ya enfermo) en *La huida*, lo que no la transforma en discurso gravitante.

Sin embargo estaba allí, latiendo en medio de una sociedad homofóbica, colaborando para mesquinizarle apoyo, golpeándolo sistemáticamente para empujarlo al *underground* reservado para quienes se teme, y desde el cual toda postura avanza colindando con su negación social.

oportunidad de conocerlo; eso me ayuda a soportar esta orfandad en que me encuentro como individuo, como artista.

Gracias, mil veces gracias por haberte conocido Andresito y nos veremos pronto. Cariños a nuestra querida Ceydi, a su marido Alfonso Alcalde, a mis padres, al Roberto Parra y a su negrita Ester...

Andrés, cuéntame, ¿yo y la negrita Ester, es verdad que nos parecemos en lo físico?

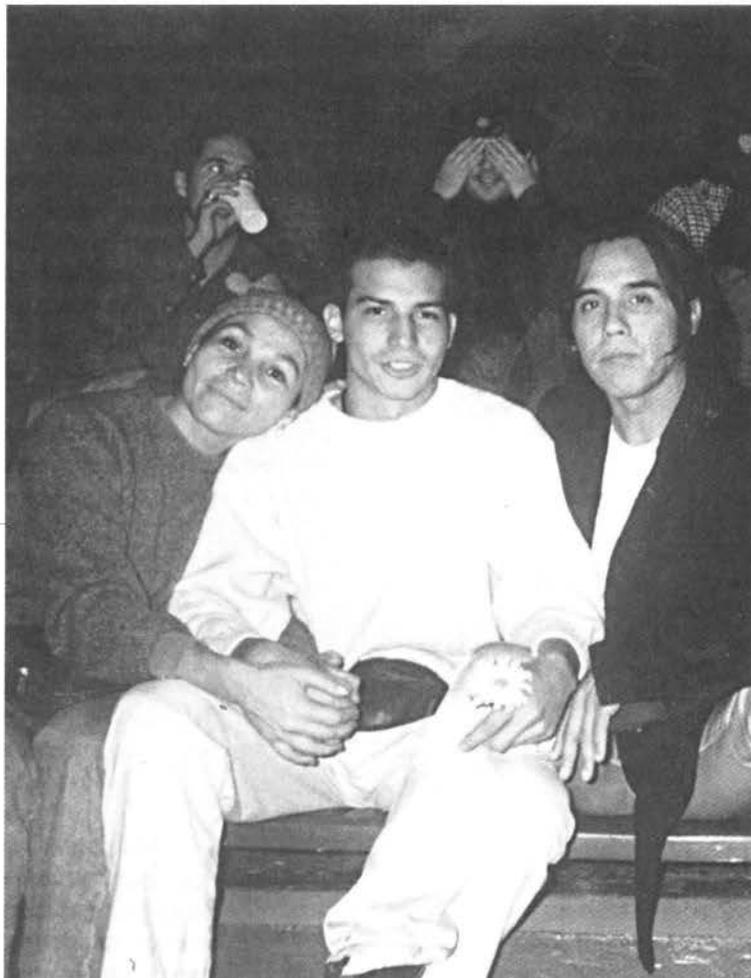
Porque en la capacidad de amar, tú sabes que sí. ●

Ahora bien, dado el tratamiento discreto que él siempre le imprimió a su vida privada y la ausencia del tema sexual en el eje de su poética, su opción podría no haber sido determinante, a no mediar una segunda área de marginalidad, proveniente de su condición social.

La comunidad para la cual se entregaba es a todas luces clasista. Ese Indio que cariñosamente describe Maurice Durozier, no da cuenta (tal vez porque no lo hemos informado suficientemente los chilenos que conocemos a este brillante actor francés) que en estas latitudes viene acompañado con un solo apellido, *de mierda*.

Pocos argumentos se requieren para demostrarlo. Basta observar la marginación de las etnias locales y el trato despectivo que en todas las clases sociales se aplica sobre los pueblos indígenas, su aspecto, sus sueños, su cultura.

Pérez pertenecía al pueblo. Venía de la pampa expandiendo esa figura diseñada con piel morena y cabeza negra, que es evitada en la imagen



Rosa Ramírez, Andrés Pérez Ramírez y Andrés Pérez Araya. Anfiteatro Griego, Ñuñoa, Santiago de Chile, 1996.

que Chile se da de sí mismo. A los morenos se les saca de las instancias colectivas que den señas de identidad, incluso, de los programas publicitarios de las grandes tiendas que venden en el soleado Norte.

Su aspecto (bello por cierto) no encajaba en el formato del galán, trinchera desde la cual han recurrido algunos de sus compañeros de generación, permitiéndoles compartir el teatro con la televisión en un matrimonio que, aunque dudoso en capa-

cidad para preservar el talento, es una solución económica real en el medio nacional.

Es verdad que, hasta donde manejo información al respecto, él jamás mostró interés por este recurso, por lo que la marginalidad pudiera leerse como autoexclusión. Sin embargo, su desencuentro con el *canon* se desplaza a otras áreas, en las que su ser (genio y figura) le creaba un muro que sí operó como barrera.

Andrés Pérez, a pesar de marcar